

llermo, platero de Paris, y á David de Dinando, y que habia sentado la proposicion panteística: «Todo es uno y uno es todo: ese todo es Dios, y la idea es la misma cosa que Dios.» Negábase en virtud de esas palabras la Trinidad, y añadían estos sectarios: «Por el Padre es preciso entender el período real de la historia del mundo en que domina la vida de los sentidos; por el Hijo el período ideal y real, durante el cual se convierte el hombre al interior, sin que el Espíritu pueda triunfar del mundo exterior, ni queden lo ideal y lo real enteramente coordinados; finalmente el Espíritu se manifiesta en el período enteramente ideal, y alcanza la victoria. De aquí se sacaría que los Sacramentos instituidos por Cristo en la nueva alianza, el Bautismo, la Penitencia y la Eucaristia son palabras sin sentido real; y en adelante cada uno halla su salvacion por la inspiracion inmediata del Espíritu Santo, y sin necesidad de sujetarse á ninguna práctica exterior. La inspiracion resulta del recogimiento del espíritu en sí mismo; y por esto están igualmente inspirados los Profetas, los Apóstoles y los poetas. La santificación no es mas que la conciencia de la presencia de Dios; la idea del uno y del todo. El pecado consiste en el estado del hombre limitado por el tiempo y el espacio. Debiendo quedar absorbido todo lo que es exterior por el tercer período, todo culto exterior debe abolirse. Cualquiera que esté con el Espíritu Santo, añádan en su impía demencia, no puede recibir mancha alguna, ni aun entregándose á la fornicacion; cada uno de nosotros es el «Cristo y el Espíritu Santo.»

David de Dinando se apartó mucho de ese espíritu ideal de panteísmo, é hizo de Dios el principio material de todo. Mas hostil todavía al Cristianismo que Amaury, buscó principalmente apoyo en la filosofía pagana. Pero el torrente de la falsa filosofía con el de todos los sistemas heréticos de los Cátaros, Albigenses y otros, se confundió pronto con la doctrina de Amaury; porque como unos y otros partían del mismo principio, llegaban todos al mismo resultado<sup>1</sup>. De esta escuela, condenada por las decisiones del concilio que se tuvo en París el año de 1209, se derivó, segun todas las probabilidades, la secta parte montanista parte panteista

<sup>1</sup> Cf. *Staudenmaier*, Filosofía del Cristianismo, t. I, p. 629 sig.

de los hermanos y hermanas del Libre Espíritu<sup>1</sup>, que sacaban sus nombres de las doctrinas que profesaban, apoyándose en los textos de san Juan, IV, 28, y de san Pablo, Rom. VIII, 2, 4. «El espíritu de vida que nos domina, decían, nos ha librado del pecado; libertados de la ley, hemos llegado á ser hijos de Dios.» Segun su panteísmo místico, análogo al de los Paulicianos, consideraban todas las cosas como una emanacion inmediata de Dios, y se aplicaban á sí mismos aquellas palabras de Jesucristo: «Yo y mi Padre somos una misma cosa.» «El que ha llegado á esa convicción, decían, no pertenece ya al mundo de los sentidos, ni puede recibir mancha alguna, y por consiguiente no tiene necesidad alguna de Sacramentos.» Como separaban el espíritu y el cuerpo de una manera absoluta, pretendían que los excesos de la sensualidad no ejercen influencia sobre el alma; y así era como algunos de ellos se entregaban con toda seguridad á las impurezas mas groseras. Iban vestidos de una manera extraña, y andaban por acá y acullá mendigando, siendo conocidos generalmente con el nombre de Beguardos, y en Francia, seguramente por irrisión, con el de Turlupines. Acompañábanles sus mujeres como hermanas, de donde tomaron tambien el nombre de *schwestriones*, de la palabra alemana *schwester*, que significa hermana. Á mediados del siglo XIII excitaron, principalmente en la Suabia, á muchos religiosos y religiosas á abandonar su regla y á no dejarse dirigir mas que por Dios y por su libre espíritu. Tomáronse entonces contra ellos medidas muy severas.

Los Hermanos apostólicos<sup>2</sup> pertenecen á la misma familia, y de los cuales fue el fundador Gerardo Segarelli, jóven muy fanático de Parma, á quien rechazaron los Franciscanos. Como muchas otras sectas anteriores se creyó llamado á hacer renacer la era apostólica de la Iglesia. Apareció en 1261, acompañado de sus hermanos, mendigando, cantando y predicando que estaba ya cerca el reino de Dios.

<sup>1</sup> V. en *Engelhardt*, Hist. eccl. t. IV, p. 151, las obras sobre la materia.

<sup>2</sup> *Histor. Dulcini et additamentum ad hist. Dulc. (Muratori, t. IX, p. 423).* — *Mosheim*, Hist. de la Orden de los Hermanos apostól. (Ensayo de una hist. de las herejías, p. 143 sig.). *Schlosser*, Abelardo y Dulcin. Gotha, 1807. *Krone*, Fra Dulcino y los Patarinos, episodio histórico de las guerras religiosas. Lips. 1844.



Hicieron por largo tiempo un misterio de su doctrina; mas se descubrió, al fin, que sus tendencias eran enteramente hostiles á la Iglesia. Obstinóse Gerardo en sus errores, y sufrió la pena de muerte en 1300. Tuvo por sucesor un milanés muy inteligente, llamado Fra Dulcino, que desde un principio escribió á toda la cristiandad diciendo «que empezaba una nueva era para la Iglesia, y que él y «los suyos eran los últimos profetas que habian de venir antes del «juicio final (1303).»

Distinguía Dulcino el reino de Dios en cuatro períodos. Vivian en el primero, que abrazaba todos los siglos antes de Jesucristo, los juicios piadosos; en el segundo, de Cristo á Constantino, los cristianos pobres y castos; en el tercero, de Constantino á Carlo Magno, la avaricia y la riqueza que fueron invadiendo la Iglesia, á pesar de la oposicion de san Benito y de las Órdenes mendicantes que tambien degeneraron; en el cuarto, renacen la virtud y la castidad: Roma, decia, será rechazada con el papa Bonifacio, y el Cristianismo primitivo restablecido en toda su pureza. Tuvo Dulcino la desgracia de verse muchas veces obligado á prorogar su período en que habia de alcanzar victoria, pero no le turbaba en lo mas mínimo ver que se retardaba la realizacion de su triunfo. Despues de varias peregrinaciones que hizo al Tirol y á la Dalmacia, reunió sus partidarios en Novara, ciudad del Piamonte, y declaró abiertamente la guerra á Roma despues del año 1304. Fueron él y los suyos destruidos en el monte Zebello por el hambre y la espada de los cruzados del Obispo de Verceil; y aunque fueron hechos prisioneros él y su hermana Margarita, y condenados á una muerte bárbara, quedaron restos de esta secta hasta el siglo XV.

No puede dejar de reconocerse el parentesco de esta doctrina fanática con las ideas del abad Joaquin de Floris en la Calabria, muerto el año 1202<sup>1</sup>; recogidas en la Introduccion al Evangelio eterno del franciscano Gerardo (sobre el 1254), amigo íntimo de Juan de Parma, general de la Órden, que mas tarde fue depuesto de su car-

<sup>1</sup> No es cierto que el tratado «del Evangelio eterno» existiese en la edad media. Cf. *Engelhardt*, Tratado de hist. ecl. Erlangen, 1832, p. 1-150: «Joaquin y el Evangelio eterno.» En contra se tiene de Joaquin: *De concordia utriusque Testamenti* lib. V. Ven. 1519, in 4. *Exposit. Apocal., psalterium decem chordarum* (sobre la Trinidad). Ven. 1527, in 4.

go<sup>1</sup>. Las tres edades del mundo forman el fondo de su doctrina: la primera es la del Padre, que vela principalmente sobre el mundo judío; la segunda, la del Hijo, durante el cual se desarrolla la Iglesia romana. Pero como la doctrina de Cristo y la de los Apóstoles contiene, segun él dice, el Evangelio del reino terrenal en lugar del de la vida contemplativa, verdadero fin del hombre, y no puede, por consiguiente, satisfacer del todo las necesidades del espíritu; es preciso que el Cristianismo desaparezca ante una manifestacion mas alta y mas pura de la vida y ciencia religiosas; y esta era nueva, que empieza precisamente en el año de 1260, constituye la tercera edad del mundo, es decir, la del Espíritu Santo, la del espíritu puro, al paso que el primero es el de la carne, y el segundo el del espíritu y de la carne. El falso misticismo de todas estas sectas llega á su mas alto grado de entusiasmo en el famoso é inteligente *Maestro Eccart*, que explicaba alegóricamente toda la parte histórica de la revelacion divina, y explanaba en ella toda su teosofía panteística<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> *Introductorius in Evangelium aeternum*, del cual se encuentran trozos en *Argenté*, *Collectio judicior. de novis erroribus*. Par. 1728, t. I, p. 163, y en *Eccard*, t. II, p. 849, *Postilla super Apocal.* cuyos extractos en *Baluz. Miscell.* lib. I, p. 213 sq.

<sup>2</sup> Cf. *Staudenmaier*, *Filosofía del Cristianismo*, t. I, p. 611.